



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



XV Semana del Tiempo Ordinario
13-VII-2008

Textos:

Is.: 55,10-11.

Rom.: 8,18-23.

Mt.: 13,1-23.

“El sembrador salió a sembrar”.

Durante meses hemos escuchado opiniones, vituperios, alabanzas sobre siembras y semillas. Hoy el Señor también nos habla de semillas y siembras pero otro es el Sembrador, otra la semilla y otra la tierra.

En el evangelio, Jesús (sentado en la barca) cuenta una parábola a la multitud y les dice que solo una parte de las semillas brotaron y dieron fruto, el resto quedó infecunda. Ciertamente que el obstáculo no está en el Sembrador ni en la semilla sino en la tierra, pues la semilla es la Palabra de Dios y esta es una Palabra eficaz, como lo expresa el profeta Isaías en la primera lectura. Y la gracia de Dios es como la lluvia que fecunda la tierra y la hace germinar, da semilla al sembrador y pan al que come. “Así sucede con la palabra que sale de mi boca: ello no vuelve a mí estéril sino que realiza todo lo que Yo quiero y cumple la misión que Yo le encomendé”. (v11)

La responsabilidad, de que la Palabra de fruto en nosotros, es del oyente de la Palabra. El hombre es por naturaleza oyente de la Palabra de Dios de tal manera que si Dios no le hubiese hablado, sería el eterno oyente del silencio de Dios pues esta no “está dotado de un corazón que escucha (Cfr. I Re. 3,9) “(Instrumento Laboris 24). De esta manera Dios nos hizo capaces de escuchar su palabra, pero este don puede ser “neutralizado” cuando vamos perdiendo interioridad y capacidad de recogimiento.

Hermanos, “el hombre puede vivir a la manera de una cosa, pero no es una cosa. El hombre de la diversión vive como expulsado de sí, vive confundido con el tumulto exterior: tal el hombre prisionero de sus pasiones, de sus funciones, de sus hábitos, de sus relaciones, del mundo que lo distrae. Vida inmediata, sin memoria, sin proyecto, sin dominio, es la definición misma de la exterioridad y, en un registro humano, de la vulgaridad” (E. Maumier). Por eso es necesario el silencio y la seriedad en la vida de relación con Dios, “el silencio que se prolonga más allá de las palabras” (Int. Lab. 26,c).

En lenguaje de la parábola, es cuando la vida va perdiendo profundidad, y se transforma en “terreno pedregoso” o cuando el ruido circundante nos hace sordos a la Palabra.

Hermanos, debemos comprender que “la mente prisionera del propio placer, la voluntad esclava de los propios deseos, no pueden acoger las semillas de un placer más alto y de un deseo sobrenatural” (T. Merton. “Semillas de contemplación).

No dudemos, es necesario preparar nuestro corazón, abrirlo para recibir la Palabra como la tierra recibe la semilla y esta Palabra hecha raíces y transforma nuestra vida.

No dudemos,”la Palabra de Dios despliega su eficacia cuando se quitan los obstáculos y se ponen las condiciones para que la semilla de la Palabra de fruto” (Instr. Lab. 23). En definitiva, las condiciones para recibir con fruto la palabra es creer en el Amor de Dios que la pronuncia y responder a esa Palabra con la fe.

Hermanos, Dios ya desde el Antiguo Testamento nos invita a escucharle: “Escucha Israel – Shemá Israel” – es el mandamiento primario de pueblo de Dios” (Dt. 6,4). Y entre nosotros también, es la primera palabra de la Repro de San Benito: “Escucha, Hijo, los preceptos del Maestro” (Prólogo).

Solo siendo discípulos atentos podremos ser misionero, pues la actitud de escuchar es propia del discípulo y el proclamar lo escuchado lo es del misionero, así lo enseña en Concilio cuando afirma: Que la Iglesia, al escuchar la palabra de Dios religiosamente, siente la necesidad de proclamarlo confiadamente (Cfr. DV 1).

Hermanos, debemos acudir a la palabra de Dios como sedientos que van a la fuente de agua viva, de tal manera que escuchando el mensaje de la salvación, creamos, creyendo esperemos y esperando amemos (Cfr. San Agustín “De catechizandi rudibus. C IV,8).

En definitiva, solo un corazón dispuesto a acoger la semilla, es decir a la escucha de la Palabra, producirá frutos de vida eterna.

Hermanos, pidamos al buen Dios que como oyentes de su Palabra, podemos imitar a la Virgen María, “modelo providencial de toda escucha y anuncio” (Intr. Lab. 25). Y así ser auténticos discípulos y misioneros.

Amén.

G. in D.